

tura á donde no existe, y roturar los primeros terrenos en países que, con el tiempo, serán pródiga patria de innumerables habitantes! Con el trabajo se crean los pueblos, y, como Deucalión, las piedras se transforman en hombres; en la tierra que se remueve, germinan las futuras generaciones. Esta gloria, según mi opinión, bien puede comprarse al precio de algunos sufrimientos y algunas molestias pasajeras.

En los llanos y las regiones montañosas de Nueva Granada hay millones de hectáreas aptas para el cultivo, y son tierras fáciles de colonizar; pero, á pesar de mi fracaso, continúo creyendo que Sierra Nevada de Santa Marta es uno de los países de la América española que más ventajas ofrece á la emigración latina. Ese macizo de montes, separado de los Andes y del resto de Nueva Granada por valles profundos, lagunas y pantanos, es excelente para contener una población que encuentre en él cuantos elementos necesite para su prosperidad: salubridad del clima, fertilidad del suelo, facilidades para el comercio. Grande, como la cuarta parte de Suiza, Sierra Nevada podría producir lo bastante para mantener fácilmente el mismo número de habitantes que esta república.

El precio de las tierras es nulo en las vertientes de la Sierra por el lado de Río-Hacha. El precio nominal por hectárea de tierra, vendida por el gobierno, es de setenta y cinco céntimos; pero, todo jefe de familia, granadino ó extranjero, no tiene más que pedir una concesión de cuarenta hectáreas de tierra laborable, para que se le conceda inmediatamente, con el compromiso de ejecutar, sencillamente, un trabajo cualquiera en el espacio de dos años. Lo más frecuente, es que los colonos no se tomen ni siquiera la molestia de esa

## XVI

## Epílogo

No se puede negar. Los primeros europeos que se establezcan en Sierra Nevada, tendrán que correr muchos peligros y soportar no pocas fatigas antes de triunfar. Tendrán que sufrir las fiebres palúdicas; el crecimiento de los ríos y los pantanos impracticables, impedirán frecuentemente el transporte de mercancías; la enemistad de los avaros tratantes les suscitarán graves contratiempos, y, durante mucho tiempo, no podrán gozar de otras relaciones que las de los aruaques. Pero, estos obstáculos disminuirán gradualmente con el progreso de la colonización, y, hasta cierto punto, serán una ventaja para algunos hombres decididos, porque les obligarán á luchar con mayor energía, y esto les hará más querida la victoria. El agricultor estima poco á la naturaleza y se la apropia sin entusiasmo, cuando esta se presta fácilmente á producirle cuanto desee. Las razas fuertes y felices, no se desarrollan jamás sino por la lucha, así como lo cuenta la fábula antigua del jardín de las Hespérides, guardado por los dragones. Los sacrificios no son nada; lo esencial es saber si la finalidad los exige. «Es una gloria, decía el agrónomo Sinclair, haber hecho crecer dos matas de hierba donde sólo había una». ¡Cuánto más glorioso es llevar la cul-

pequeña formalidad, y se establecen donde quieren, sin pedir concesiones ni adquirir ningún compromiso; se hacen propietarios por el derecho de ser los primeros en ocupar las tierras. Esa facilidad de obtener sin trabajo grandes concesiones, podría tener funestas consecuencias, dejando yermos por muchos años terrenos inmejorables para el cultivo; pero, en la mayor parte de los valles de Sierra Nevada, este peligro es menos temible que en el llano, porque el suelo cultivable se compone de hondonadas cerradas, pequeñas mesetas y llanos limitados, formando porciones distintas, pudiendo habitar en cada una, una familia.

La flora de Sierra Nevada es de una extrema riqueza, y tal vez no se halle otra región en el mundo entero, excepción hecha de la India y el Brasil, en donde las plantas ofrecen una variedad tan grande. Los vegetales útiles se cuentan por centenares. Entre otros, se encuentra el *myroxylon* ó palmera de cera, el maravilloso árbol de leche *galactodendron*, multitud de plantas tintóreas, hierbas medicinales del Antiguo y Nuevo Mundo, la camamila y la zarzaparrilla, la borraja y el ipecacuana, la achicoria y el bálsamo de Tolú. Nadie intenta buscar esas plantas medicinales en Sierra Nevada, y tienen que remontar para hallarlas, el río Amazonas á través de las montañas y soledades de la provincia de Mato-grosso. Por las dificultades de los viajes, estos remedios valen en las farmacias de Europa un dos ó tres mil por ciento más que en el punto de producción.

Según el sabio botánico Mutis, en Sierra Nevada existen tres especies de *chinchonas* desde últimos del siglo XVIII, época en la cual fué descubierto este árbol cerca de San Antonio; los trastornos políticos han dejado caer en el olvido el conocimien-

to de tan importante hecho. Tal vez estos árboles sean poco numerosos, pero no sería difícil hacer plantaciones, y, sobre todo, seguir otro sistema diferente al de los peruanos que derriban el árbol para despojarlo de su corteza. Se puede empezar á descortezar parcialmente el *chinchona* cuando cuenta cinco años, y, teniendo cuidado de desnudarlo sólo por un lado, se le puede conservar con vida tanto tiempo como los árboles no descortezados.

Las plantas que los aruaques cultivan, son en número muy reducido; la caña dulce, el plátano, el hayo, la *turma* (patata común), el arracacha, la malanga, el boniato, el agave, el naranjo y el limonero. Cada indio posee una pequeña *bananeria*, casi siempre en el fondo de un barranco ó en un puesto oculto, y allí siembra ó planta todo lo que reclama el sustento de su familia durante el año. Cuando se ven las pequeñas dimensiones de estos campos, se pregunta el viajero con estupefacción cómo el suelo es bastante fértil para que varias personas puedan mantenerse y aun les sobren productos para procurarse la chicha y otras bebidas.

El café, cuyo cultivo tan rápidamente se ha generalizado en Nueva Granada, es una planta casi desconocida en la parte oriental de Sierra Nevada. Durante mi estancia en el valle de San Antonio, no pudimos recoger más que unos trescientos ejemplares para nuestra plantación; no obstante, si las afirmaciones de los habitantes de la Sierra son verdaderas, la producción del café sería una maravilla. Con frecuencia, los arbustos dan dos cosechas en el año, y dicen haber recolectado hasta doce kilogramos de algunas plantas. Sea lo que fuere, no deben tomarse como tipo de producción estos hechos extraordinarios para hacer cálculos

en tales circunstancias, porque yo he visto cafetales en los Andes en donde determinados cafetos producían cinco kilogramos de café mientras que, englobada toda la plantación, apenas correspondía á medio kilo por planta. Suponiendo que la producción fuera poco más ó menos la misma en Sierra Nevada, los beneficios serían aún considerables á pesar de las dificultades de transporte. Los plantadores de cacao, vainilla y otras plantas industriales, cuyos productos tienen mucho más valor y menos peso, al ser exportados pueden contar igualmente con resultados favorables.

Recorriendo los valles de la Sierra se nota con extrañeza la considerable altura á que se pueden cultivar plantas tropicales; yo las he encontrado en altitudes que corresponden á los climas de Francia é Inglaterra y las he visto crecer perfectamente. En Cucui, Estado de Santander, los plátanos y caña dulce producen abundantes y excelentes frutos á dos mil setecientos cincuenta y siete metros de altura. Este hecho, que quizás no está aclarado por los geógrafos, prueba que no es sólo superposición, sino también penetración recíproca de los climas estacionados en la falda de las altas montañas de la zona ecuatorial, lo que conviene estudiar. Una sola ráfaga de viento, es suficiente para llevar los ardores del verano hasta el pie de las nieves ó para hacer descender el aire de los hielos por los valles ardientes extendidos en la base de los montes.

Así se determinan, por la exposición y el abrigo, una diversidad infinita de climas parciales y una maravillosa variedad de plantas de todas las especies. Por su posición transversal en la dirección de los vientos alisios, Sierra Nevada recibe mejor que las otras montañas las tibias caricias

del calor tropical; además, exprime sin cesar, como un gigantesco laboratorio, la humedad que le llevan los vientos y los valles, á excepción de las vertientes meridionales en donde no se conoce el período de sequía.

Nada falta, pues, en Sierra Nevada sino una inmensa población que la conquiste para la agricultura, para la humanidad.

Actualmente, estas montañas están tristes á pesar de su propia belleza. Cuando un viajero se encuentra solo en medio de sus valles, rodeado de vastos semicírculos de bosques y prados, y no ve en el inmenso espacio más que algún buitre, solitario como él, describiendo grandes círculos sobre su cabeza, siente su corazón oprimido por dolorosa angustia. La naturaleza virgen es hermosa seguramente, pero sugiere tristezas infinitas: lo que se necesita para hacerla alegre es fecundarla, poblándola de campos y de pueblos, milagro que sólo los hombres trabajadores podrán realizar.

Y no es solamente Sierra Nevada la que pide brazos á Europa y al resto del mundo; toda la Nueva Granada necesita colonos. Es, pues, preciso trabajar por la defensa de un país tan hermoso, tan admirablemente provisto de todas las riquezas del mundo. En otro tiempo, miles de españoles dieron su vida para conquistar ese mundo que Cristóbal Colón hizo surgir del seno de los mares, como otro planeta acoplado al nuestro; actualmente, parece que Nueva Granada nos sea más indiferente que les fué á los conquistadores hace tres siglos. Sin embargo, este Eldorado no es sólo el país del oro, es también el de la felicidad para cuantos saben apreciar la libertad. En nuestra caduca Europa, las viejas tradiciones de los tiempos bárbaros y de la Edad Media, imperan todavía, y, desde el

fondo de sus tumbas, los muertos gobiernan aún á los vivos. Por otra parte, la abundancia de población obstruye todo lo nuevo llegado por las vías de felicidad y bienestar; demasiado estrechos en nuestro continente, no podemos andar un paso sin poner los pies en la «propiedad ajena», y, por la fuerza misma de las cosas, sólo podemos conquistar nuestra felicidad en detrimento de la de nuestro prójimo. Murallas, barreras, cercos, reglamentos y restricciones, todo nos encierra como los pliegues de un río infernal. Hasta los que se creen libres, habitan una cárcel estrecha en la cual apenas pueden moverse y en donde el pensamiento se marchita antes de florecer. Allá, en la joven república americana, no hay ningún desgraciado en el gran banquete de la vida; la fecunda tierra alimenta generosamente á todos sus hijos y el aire de la libertad inflama todos los pechos. Tal vez, en medio de esta naturaleza virgen, los hombres rejuvenezcan también; tal vez los ciclos de la historia no sigan siempre, como animales encadenados, su acostumbrado círculo.

FIN

## INDICE

	Págs.
PRÓLOGO. . . . .	5
I.—Colón-Aspinwall.—Camino de hierro de Panamá. . . . .	9
II.—El «Narciso».—Porto-Bello.—Los indios.—El golfo de Auraba. . . . .	21
III.—Cartagena de las Indias.—La Popa.—La fiesta. . . . .	37
IV.—El capitán de papeles.—Savanilla.—El Bongo.—Barranquilla. . . . .	48
V.—Los Caños.—La Ciénaga.—Gaira. . . . .	62
VI.—Santa Marta. . . . .	78
VII.—Los alrededores de Santa Marta.—El Horqueta.—La azucarera de Zamba.—El médico hechicero. . . . .	94
VIII.—San Pedro.—Minca.—El plantador filósofo.—Los correos. . . . .	110
IX.—El Círculo francés.—La colonia extranjera. . . . .	122
X.—Río-Hacha. . . . .	132
XI.—Los indios guajiros. . . . .	147